

1986

Vidas de santas

Alicia Borinsky

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Borinsky, Alicia (Otoño-Primavera 1986) "Vidas de santas," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 24, Article 18.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss24/18>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

ALICIA BORINSKY

Vidas de Santas*

En el árbol un pájaro. Tendidas en la soga, ropa limpia, pantalones grises, camisetas blanquísimas, ropa interior gastada. Como un insulto, como una vociferación, un breve camisón negro de nylon, atrevido y solo se agita, ya seco.

¿Quién le permitió la entrada? ¿Quién le dio la llave de la puerta, el visto bueno para que nos confunda con su perfume, su pelo largo y enrulado, su incierta edad?

Entre las santas, ella es sólo un piadoso proyecto de bondad. Porque lo que le falta es lo mismo que le sobra. Porque necesita lo que ya tiene, porque debe restarse

PERDER ENERGIA
DEJARSE LLEVAR
NO NADAR A CONTRACORRIENTE

Le han dicho todo esto desde el principio, se lo han recalcado y hecho firmar al pie de la página, aquí donde está la cruz, pero ella persiste en

* Capítulo de una novela en preparación.

minucias, en gestos de energías enemigas que la llevan lejos de la santidad, hacia un territorio de lentejuelas, deseos y memorias aún no cristalizadas.

SUS DISCURSOS

Quiero ser como ustedes. Quiero ignorar a los hombres, lavarles la ropa, servirles la comida, limpiarles el culo con puntillas francesas, cuidar a sus hijos, sonreír sin odio. Queridas, quiero ser mecánica y amante como ustedes, cantar arias operáticas al matrimonio, amamantar amorosamente a mis útiles de limpieza para que todo quede reluciente.

LO QUIERO LO DESEO Y LO EXIJO DESDE EL FONDO DE MI ALMA

Claro que la alentaban, le daban palmadas en la espalda y le ponían más limón en el té para que su paladar se fuera haciendo a las sutilezas del sacrificio. Claro que le brindaban compañía, pero de noche, cuando las iniciadas se reunían para discutir los asuntos de la compañía, cuchicheaban acerca de su caso.

— ¿Te diste cuenta del entusiasmo con que habla, de la selección de palabras y de su visible pasión por esta vida?

— No ve más allá de lo inmediato. Tiene el colorinche metido en la sangre. Se cree heroína. Quiere ser diva como santa. Es puro aspaviento.

— Advierto que nos odia. Dice que nos prefiere pero no conoce la amistad. Jamás podría ir de un día para otro esperando simplemente el pedido de ayuda, imaginando qué clase de empanadas deberá hacer para el almuerzo, planeando el instante acertado para comprar el más eficaz y económico de todos los detergentes.

— Su devoción no nos sirve.

— Cuánto desajuste en su camisón.

Y Carmela continuaba con sus tareas. Hacer camas. Aprender el voluptuoso lenguaje del almidón en las sábanas. Dominar el arte de doblar camisas. Cantar mientras el guiso se cocinaba en el fuego. Ardía de paciencia. Su voz, cuando cantaba, adquiría la forma del camisón negro flotando en viento, competía con las mariposas, se mezclaba con los vagidos de animales en celo.

Fue entonces que llegó la prueba de sus fidelidades. Admitieron a un hombre digno y trabajador para que le hiciera la corte. No le impusieron ningún límite porque su decencia era reconocible por la falta de transpiración en sus sobacos. Francisco llegaba al anochecer, después del trabajo, y se sentaba con ella en la veranda. Carmela le preguntaba por su jornada con discreción, sabiendo que no era necesario escuchar la

respuesta, completamente consciente de que lo esencial era estar ahí, sentada, para que ambos memorizaran sus papeles perfectamente.

¡Ah, el placer de los novios fríos! Ah, la tranquilidad de la sangre que fluye sin carreras, el corazón latiendo monótonamente.

Queridas lectoras de novelas:

No debo insistir en lo que todas ya sabemos. De sus destinos desiguales, de la falsedad de su santidad sólo hubieron los signos más prosaicos: un divorcio al que acudieron, austeramente vestidas, las santas verdaderas con sus hijos y esposos. Carmela descubrió que el olor a santidad que llevaba entre las piernas después de tantos años de matrimonio, desaparecería con ejercicios aeróbicos. Como tantas otras, deseosa de acabar con los indicios de una vida anterior, empezó un entrenamiento infinito que la llevaba de la fuente de agua de donde bebía ocho vasos diarios a la sala de duchas a los negocios de venta de artículos atléticos.

Cuando Francisco cerró la puerta de su nuevo domicilio, sintió un escozor, una ternura nueva que lo invadía. Se dio cuenta de que ya había cumplido los ritos fundamentales de la existencia masculina. Había sido padre, esposo, empleado. Sus orgasmos, prolijamente dirigidos en el sentido social, le habían otorgado una identidad. Se encontraba, a los cuarenta y cinco años, en buena y vigorosa salud. Su bigote crecía, sus uñas tenían buen color y el juicioso matrimonio con Carmela los había dejado a ambos en la clase media.

Francisco quemó su libretita de teléfonos; olvidó las fechas de cumpleaños de todos sus parientes y allegados y, acostado en la cama, se abocó a una lenta masturbación que lo condujo, con estertores y malicias, por un novedoso sendero durante una caliente semana. Por las manos y el resto del cuerpo de Francisco desfilaron modestos pretextos de placer: la vecina con los pechos generosos, el lechero que llevaba ese ancho cinturón de cuero desde donde daba cambio de monedas, sus propias rodillas, tan redondas, un atardecer en casa de sus tías solteras. Francisco celebraba retrospectivamente su existencia, se reconocía narcisísticamente, se reapropiaba con rabia.

Mientras Carmela se mecía, saltaba y se duchaba en las clases aeróbicas, una mujer que no podía deshacerse de su santidad, Josefina, la escudriñaba con envidia.

— ¿Somos o no somos amigas? ¿Para qué sirven las veces que te he dado mi shampoo, alcanzado el jabón en la ducha? Invítame a tu casa, quiero cenar tu comida, conocer tus lugarcitos, charlar contigo de sweaters, compras, pichinchas en el barrio lujoso. Quiero ser tu amiguita, almorzar ensalada verde con pan de centeno, burlarnos de nuestros ex maridos,

sorber agua mineral. ¿Por qué este rechazo? ¿Dónde está la invitación que no me llega?

— Francisco, no me dejes, no me permitas salir así sin camisa de hilo ni tapado de piel ni zapatos de taco a la moda de París. Francisco, no me hagas sentir pobre, menospreciada y fea, sola entre las mujeres de políticos, escarnecida entre las amantes de los poderosos.

Así le hablaba María Isabel a Francisco cuando no le hacía arrumacos, cuando no se acurrucaba como un algodoncito entre su vida y la cama. Sinuosa y estúpida, María Isabel hacía caídas de ojos que aumentaban la virilidad de Francisco. Los soldados a su cargo lo admiraban aún más cuando, acompañado de su amante, Francisco pasaba revista a la tropa. María Isabel lucía ropa de cuerpo, telas que ceñidas audazmente a sus curvas sugerían noches de abandono en los brazos del general.

Era un estandarte.

Era una obrita maestra.

Era casi una estantería entera de productos eróticos por sí misma.

Francisco la había encontrado al final de su larga masturbación y con ella le vino el éxito, el reconocimiento de los débiles, de los encariñados con sus familias, los hijos, las ocupaciones del montón. María Isabel le infundió deseos de hacer discursos patrióticos, lo calentó con la fruición de sus tonterías y ahora, encadenado a sus deseos de poder, Francisco soñaba en voz alta con el exilio.

Vendrán a Inglaterra. Vendrán a verme emperifollados, con papeles importantes que pondrán a mi cuidado, con folletines para la televisión, con vistas del trópico para que el sentido de lo universal no se me atranque. Vendrán a verme a una casa lujosísima que habrán pagado con su propio sudor, que habrán construido lejos de sus países para que yo presida sobre sus sueños y arbitre sus peleas. A Inglaterra llegarán avergonzados de no saber hablar la lengua, conscientes de mi sabiduría y mi generosidad y se les anegarán los ojos de lágrimas, se les suscitarán cólicos, pobrecitos mis camaradas, mi amado pueblo, viéndome en Inglaterra.

Francisco se preparaba para el exilio acumulando poder, intrigas, influencias. María Isabel ronroneaba con sus contadores públicos sobre el espíritu nacional mientras mandaba dinero vía telex desde su propia computadora a numerosos bancos de Suiza y Japón.

VAMOS DE COMPRAS, AMOR, que nos estamos pasando de moda.

Ah, el mundo de María Isabel. Siempre alerta para recibir el último grito de los modistos, siempre con la oreja parada para que los fotógrafos y

diseñadores la prepararan para ese prolongado encamarse con un pueblo anhelante, ansioso de darle el poder a Francisco, agradecidos por su belleza, victimizados por la brevedad de sus visitas.

VAMOS DE COMPRAS. VAMOS A HACER UN POCO DE SHOPPING INTERNACIONAL.

Iba a las fiestas patrióticas disfrazada de coya, vestida de princesa incaica, imitando a ninochtka y cómo la aplaudían, cómo se calentaban con sus caderas. Qué gimnasia ni ocho cuartos. Ese cuerpo, ese cimbreo viene de otro lado, viene del amor bien hecho, de la sangre macha y bientemplada del General.

El padre Gabriel los recibía a todos en el confesionario. Era el único cura que quedaba para oírlos ya que el empecinamiento confesional de las santas había ensordecido a los demás con sus exagerados pecados inventados, los problemas de demasiada lavandina y poca flagelación.

El padre Gabriel no le hablaba a nadie. Ni bien terminaba sus nueve horas de parar la oreja de iba a su cuarto y ahí comenzaba como cada noche, el juego de los detalles.

La puteada de doña Belarmina en pareja con el atracarse de pavo en la fiesta de casamiento de la Ana Alejandra de don Mariano.

El robo del sacapuntas de Cristinita hecho por la maestra de segundo grado con la mentira sobre el embarazo de Lucía.

Las tocadas de culo a la secretaria del orfanato con la sonrisa falsa con que la mujer del panadero recibía todas las mañanas desde hacía seis años al hombre con cuya mujer mantenía un procaz y silencioso idilio.

Los detalles se acumulaban y repetían pero el padre Gabriel no cojeaba en la organización de su tablero y cada noche, enfrascado en su juego de fichitas, armaba contiendas de las cuales salían victoriosos algunos pecados gracias, por ejemplo, al hecho de que alguien había sonreído SIN MALICIA o porque EL GRAN PERDONADOR se hacía presente con un golpe de dados. SIN MALICIA se había convertido en una especie de ángel guardián para el padre Gabriel y, cuando invocaba su presencia delante de la congregación, pocos se daban cuenta de que se refería a algo más tangible que una falta de expresión en los ojos, una inocencia en el contacto.

SIN MALICIA cuchicheaba el padre Gabriel al oído de Carmela y sólo ella comprendía que había llegado el momento de encender los cirios en la iglesia e irse corriendo al cuarto del padrecito para hacer las abluciones

corporales, los ejercicios espirituales que le ganarían la generosidad del GRAN PERDONADOR.

Apabullada por el rock'n roll de los ejercicios aeróbicos, Carmela de noche era una veloz y fatigada versión de su proyecto de santidad. El cuerpo fofo y arrugado del padre Gabriel, sus risitas de bebé engatusado por el más allá, le parecían una pringosa almohada donde, redonda y rosada, podía descansar del movimiento, los espejos, las conminaciones a saltar más alto y más rápido, bañarse con más eficacia, adelgazar, adelgazar, repetir.

Queridas amigas, su vida de santa alcanzaba, así, altura y perfección, se desleía y olvidaba de la ropa interior, se autoflagelaba en los lentos estertores del placer, se enrarecía y replegaba para volver de otro modo, acaso con peluca.

No crean que María Isabel no tenía una existencia sacrificada y espiritual. A través de Francisco entraba en comunicación con Carmela. Comprendía las mínimas sensaciones, los contactos, los sabores que fueron moldeando el desamor de la primera pareja y sin saber su nombre ni haber hablado jamás de ella, llegó a entenderla profundamente, la convirtió en su propia ropa interior, la usó como subconsciente en las inevitables sesiones psicoanalíticas que el equipo superior del poder debía cumplir para dar ejemplos de introspección a un pueblo distraído por la falta de aumento salarial.

María Isabel estaba unida apasionadamente a su ropa y, al desvestirse, entraba en trance; se desvanecía y dismantelaba y difuminaba en otras presencias. Se volvía ameba, Carmela, la mujer de la limpieza, una colegiala vista al azar. Lo que los demás adivinaban como un cuerpo extraordinario era un pánico atroz. María Isabel se rasguñaba para reconocerse en la roja sangre que salía de sus heridas. Se reía y lloraba para saberse propia. La ropa la bautizaba una y otra vez con sus precios, colores, insinuaciones de historias.

Amaba los vastos roperos que Francisco había hecho traer especialmente de Inglaterra. Mejor estar preparado para el exilio. Ponen el ropero directamente en el barco y partimos satisfechos y bien munidos. Entraba en ellos y, hecha un ovillo, con dobladillos rozándole las sienes cantaba marchas militares hasta quedarse dormida.

Claro está que Francisco la buscó al principio de su matrimonio, para consumir y consumir como le decía jovialmente a un detective que contrató al efecto. Pero cuando, de casualidad buscando unas zapatillas por la noche, la vio con una expresión de ropavejera tendida en el ropero, se dio cuenta

de que María Isabel se había convertido en el más precioso secreto de su futuro exilio.

La llamaba Muñequita, Corazoncito de papel, y la tropa encantada, soñaba con las noches del General, bebía y cantaba participativamente. Hermosa hembra. Qué generosidad para la patria ese escote. Qué orgullo nacional.